

Cierta manera de subir un monte

Qué deprisa corrieron los siglos.

Mi padre, cuando entraba en periodos, breves y extraordinarios para él, en los que se encontraba verboso, atacado de nostalgia, admitía que, según su sentir y lo que le había confirmado su padre, las mujeres más hermosas del mundo eran las cubanas.

Asimismo, durante una de esas conversaciones, me confesó en Madrid que, en puridad de criterio, habría de corregir todos sus libros.

—Quien casó dos veces no fue mi tío abuelo Joyaquín, sino su padre, tu tatarabuelo Pepediós. La mujer de Joyaquín, a la que decían doña Senda, se llamaba Elisenda Bueno.

—¿Bueno, padre?

—Bueno, hijo, Bueno Celorio. Judía de la judería de Oviedo era. Vivió con el tío abuelo Joyaquín en Las Suertes, tuvieron dos hijos, y un día desapareció llevándose con ella a los dos rapaces. Volvió, por donde había venido, con su familia paterna, y mi tío abuelo, que era muy suyo, nunca quiso ir a buscarla. O sea, tus primos, esos que tanto pisto se dan allá en la capital de la provincia, descienden, y nada malo hay en ello, más bien mucho de bueno, por línea directa de doña Senda.

En tanto recordaba estas frases de mi padre, ascendíamos por aquel sendero infernal a un ritmo desacostumbrado para quien es carne de ciudad. Mi compañero y guía, Mundo Robledo, que sube al monte con el paraguas a la espalda, colgado del cuello trasero de la chaqueta, metía un poco de prisa. Quería llegar con tiempo a Las Suertes, suficiente para regresar a la llanada con luz solar.

—También son ganas las de querer a estas fechas conocer la casa donde vivió tu antiguo pariente, rapaz. De ella, te adelanto, no quedan sino las cuatro paredes, y tres de ellas medio caídas.

—Da igual, quiero verlo tal como esté ahora.

En el valle, abajo en la lejanía, difícilmente perceptible entre la niebla, las cosas son más fáciles, pero esto es la Fuente Grande. Aquí no llegan los piensos ni las comodidades. Lo que coma el ganado ha de arrancárselo paciendo.

Vistos desde la llanada de Mijares, los montes que ocultan la Fuente Grande son riscos escarpados que desaniman al viajero y al recaudador de Contribuciones en su idea de acercarse hasta lo que no ve, pero sabe que existe. Dicen que le preguntaron a un indiano floreciente en México si no le apetecía volver a su tierra ahora que era rico.

¿Anda por los calendarios todavía el mes de abril?, interrogó a su vez, y el preguntón primero supo muy bien el significado, doloroso significado de nieves, hielos y neveros, de la pregunta que debería ser respuesta.

No insistió.

Sigue presente, año tras año, el aciago mes de abril, con esas nevadas que nadie espera, pese a saber que invierno tras invierno llegan con sus trastadas y su ganado despeñado un mal día en que el labrador le quita la vista de encima.

Dicho está. Hoy, en la Fuente Grande, no hay más que ruinas y soledad. Apenas quedan los restos de las cabañas y casas vivideras con sus árboles que el tiempo ha hecho robustos, pero a los que no se les ve la finalidad que cumplían obra de ciento veinte

años atrás, hacia 1890, cuando el siglo XX sólo era una esperanza para los que gastaban almanaque con cagadas de mosca tras la puerta de las cuadras...

A la sazón aún los viejos recordaban vagamente el reparto de Las Suertes entre los vecinos del Valle de Mijares, habitantes de San Roque del Acebal, La Galguera y Purón mayormente, por el Municipio de Llanes, que es el recogedero administrativo de todo el Oriente y, a su vez, la cabecera del partido judicial donde se asientan la llanada y el pequeño valle, oculto a las miradas de la marina, que dicen la Llosa de Viango.

A cambio de la posesión repartida de los prados, antes bienes de manos muertas o simples comunales poseídos de buena fe y como abertales, todo de todos con arreglo a las leyes viejas, por gentes del monte que ni cabañas tenían donde guarecerse, pagarían un canon simbólico.

Los mariniegos de San Roque, según les llaman los montañeses que no han visto en su vida más que aquellos peñascos que se encaraman hasta la divisoria que vierte aguas por Tornallás hacia las demarcaciones de Peñamellera Alta y Cabrales, se hicieron cargo de sus parcelas y levantaron las casas y cabañas a la vera de un sendero de cabras, infernal y angosto como para circular solamente un mortal, ese camino en pendiente bordeado de zarzas que, tras superar la portilla del Rostru y el Collado de Malabrigo, asciende culebreando hasta las primeras propiedades. Allí fue desenvolviéndose una vida apacible pero dura y extrema, como extremo es el clima y el nulo desarrollo de las comunicaciones y forma de llevar adelante la ganadería. Así, de forma inexplicable, el camino que se construyó sólo es peonil o de uña de caballo, es decir, no hábil para los carros del país que, eso es seguro, ya existían desde mucho antes de que el sorteo se celebrara. Se trata de una senda inclinada que, dejando atrás el robledal de la Llamazuga, parte del nacimiento del río Barbalín y, entre cielo y peñas, atraviesa la Vallengona del Brañizo en zigzag que deja las piernas dobladas aunque se ascienda de vacío, excúsase decir el costo que conllevaba subir con el suministro para unos meses. Tampoco era tanto lo que subían los pastores. Sal, aceite, pimienta y cuatro o cinco velas. Una molienda de harina para amasar boroña, talo y tortos, alubias de la tierra y pare usted de contar. El resto, quesos y otros derivados de la leche, se apañaba en las cabañas.

El paisaje es algo sin igual. Es tan bello que no hay quien lo agarre. Pero visto día tras día acaba por convertirse en una maldición —jamás tendrás una peseta, rapaz— y destrozar al pastor que, desde que baja al pueblo para hacer la primera comunión —aprender algo más que las letras sólo es una posibilidad irreal, si su padre tiene paciencia le enseñará a deletrear el silabario y va que chuta, ya aprenderá algo de caligrafía cuando tenga que servir al rey en África—, solamente piensa en emigrar a Cuba o a México, en busca de sus parientes bien situados, y eso sin volver la vista atrás. Qué deprisa corrieron los siglos, reflexiona el fatigado andariego, al pie de la pasera en La Portilluca, cuando en la escalada se detiene para tomar resuello, mientras su lejano pariente, sin aminorar el paso, se aleja entre las primeras y desperdigadas cabañas del Brañizo. Así que se deja atrás el barullo del valle, a bote pronto y sin avisar, transpuesto el recodo junto a Don Diego y el venero que nombran del Peyucabreru, el silencio pega de frente a quien camina, lo aturde y lo invita a callarse. Ya puede atender, que no se oye nada, sólo el silencio en forma de zumbido, ese silencio de los siglos de que hablaba Menéndez Pidal, y entonces, el que sube termina por pensar que allí, hace muchos años, vivía gente, las chimeneas expulsaban penachos de humo y se escuchaban esos ruidos familiares de lugar habitado, y ahora, ante el sosiego que golpea, piensa en qué deprisa transcurrieron los siglos.

Aquí ya nada es lo que fue.

Más abajo, en el valle, tampoco, pero allí se notan en menor medida los estragos del tiempo. De momento, quizás por ser terreno menos bravío y más llano, en el valle las casas de vivir no se han caído; antes bien, hay dos gasolineras, un hotel, un buen restaurante, cinco chigres y sidrerías, control de la natalidad, chicos unigénitos a lomos de ruidosas motocicletas y madres que, perdido el deje cantarín de la milenaria jabla llanisca, hablan un castellano con acento de Madrid que da gloria escucharlo y llevan a sus hijos al colegio en coche, para que no se metan en los charcos, ocho garajes automovilísticos, ninguna bolera y tres o cuatro concesionarios de maquinaria agrícola. Aún no tienen casa rural, tan en auge actualmente, pero todo se habrá de andar.

Un día medio nublado de finales de agosto de 2002 tiene efectos la improvisada excursión, entre tanto los turistas tomaban baños de ola y sol en las playas del Sablón y Toró, tres semanas después de que el periódico La Nueva España informara de que, más arriba de Las Suertes, en los escares y quebradas del Cuera, a dos horas de la braña y en una sima de imposible acceso, recostado en la pared de la cueva y sin señales de violencia, apareciera el esqueleto íntegro de lo que, a primera vista, pareció una mujer con una pulsera o adorno dorado en lo que fue su muñeca izquierda.

A raíz de la publicación en el diario, por el valle se dispararon las elucubraciones y conjeturas al respecto, pues, recordó alguien, una muchacha del valle desapareció allá por el año 1950 y jamás se volvió a tener noticia de ella.

Yo, que me hallaba disfrutando unas cortas vacaciones en casa de mis parientes de San Roque, al igual que todos los veranos, llevé la imaginación mucho más lejos, siguiendo lo oído y escuchado en la familia desde niño. Me dirigí con la mente hacia el cuarto final del siglo XIX. Cuando mi tío bisabuelo Joyaquín Balmori vivió en Las Suertes.

En lo atinente al esqueleto, los arqueólogos y cartógrafos que andan estudiando la sierra, decididos a enfriar esperanzas, dicen que ni lo uno ni lo otro, sino que tales huesos datan de cinco mil años antes. Ellos sabrán, que para eso lograron un título académico y son los padres de la erudición, pero al vulgar excursionista que trepa sudoroso con su tío segundo o tercero, Mundo Robledo, hasta los restos olvidados de las cabañas, y tras hilvanar unos cinco mil renglones, renglón arriba, renglón abajo, como cabal infrascrito pondrá la firma al término del novelar, le parecen muchos años, muchos siglos, tal vez demasiados. Con tanto transcurso de siglos bien puede que haya más esqueletos en cualquier inaccesible escondrijo...

—Bueno, aquí están las cabañas, o lo que queda de ellas. ¿Qué quieres buscar en realidad, madrileño?

—Busco un árbol con dos nombres grabados en el tronco.